

Principal primera

Ernesto alzó el brazo derecho hasta la altura de su barbilla. El peso de una bolsa de plástico arrugada le había hinchado y enrojecido los dedos índice y anular. Miró su reloj de pulsera y pisó el primer peldaño de la escalera —usó su pie izquierdo—. Marcaba las ocho de la tarde del veintinueve de julio de 1957. Cambió la bolsa de mano y la sangre volvió a bombear hacia las yemas de sus dedos. Sacudió el brazo dibujando una parábola y lo detuvo en su posición inicial. El reloj se acomodó de nuevo en la muñeca. Con esa misma mano agarró la barandilla y, acto seguido, subió el pie derecho al segundo escalón.

—Maldito artilugio del demonio —balbuceó al aire—. Julia, la vida son como breves impases de tiempo que se congelan en la nada —su vista estaba posada en algún punto entre sus pupilas y el papel desconchado de una pared maltratada por la humedad.

Subió el siguiente escalón con el pie izquierdo y adelantó el derecho hasta detenerlo junto a su gemelo. Desde la barandilla, deslizó su mano hacia el único bolsillo del chaquetón. Sujetaba un trozo de cartón mojado y medio roto. Mientras sus ojos se esforzaban por leer la tinta corrida, su boca soplaba hacia arriba; intentaba ahuyentar un mechón de pelo rebelde. Quiso asegurarse del número de piso por última vez. Pronunció lentamente:

—Principal primera... —miró hacia los seis escalones restantes—. Menos mal que es aquí mismo Manuela —buscó complicidad a su derecha y luego a su izquierda. —Felipe, tú que llevas un reloj de esos que va hacia atrás ¿Me prestas un minuto? Voy tarde y llevo prisa.

Al volver a iniciar su marcha, no prestó atención al vino que había derramado desde su bolsa agujereada y maltratada por el uso. El pie derecho resbaló al entrar en contacto con el borde húmero del siguiente peldaño; el izquierdo no supo reaccionar a tiempo. Ernesto quedó suspendido en el aire un tercio de segundo. El tiempo no le dio tregua y su cabeza sonó contra el siguiente escalón. Gimió pensando que era un torpe. Estaba enfurecido con un cuerpo que se le había avanzado en edad.

Se abrió la puerta que coronaba el final de la escalera. Una mujer morena corrió hasta él. Se agachó y le sujetó la cabeza con las manos.

—Señor ¿Está usted bien? —El rojo intenso de la sangre se mezcló con el vino color frambuesa.

—Busco a Gabriel —Ernesto estaba cansado. Sujetó el brazo derecho de la chica con su mano izquierda —, lo llevo en el bolsillo de mi pantalón.

—Gabito...—la mujer sacó una fotografía en blanco y negro. En ella, dos chicos jóvenes se sonreían. Sus miradas atravesaban los ojos del otro, como si se buscaran el corazón en el cerebro. El paisaje del fondo parecía de cartón piedra; el decorado de una época vivida en dónde el tiempo se detuvo para devenir una eternidad.